

LA TÍA TULA, DE MIGUEL DE UNAMUNO, Y LA QUINTA IDENTIFICACIÓN DE UN YO INSATISFECHO

La Tía Tula, by Miguel De Unamuno, and the Fifth Identification of an Unsatisfied Ego

LUISA PORTILLA DURAND¹

RESUMEN

El presente estudio permite evidenciar cómo en la literatura, y en el caso específico de la obra *La tía Tula*, de Miguel de Unamuno, se representa un tipo de neurosis como la histeria.

Para desarrollar el análisis, se utilizan, básicamente, dos fuentes bibliográficas: el libro *El dolor de la histeria*, de Juan David Nasio, como sustento teórico, y la obra literaria *La tía Tula*, del connotado escritor español Miguel de Unamuno, como texto de aplicación de la teoría psiconalítica.

Respecto del marco teórico, se debe destacar la relevancia de la obra de Nasio, ya que este autor suma a los aportes de Freud y de Lacan un quinto tipo de identificación que se evidencia en Tula, el personaje principal de la novela de Unamuno: la identificación con el útero, todo lo que permite postular que Tula configura el prototipo de una mujer histérica.

Palabras claves: Miguel de Unamuno, teoría psicoanalítica, neurosis, histeria

ABSTRACT

This research presents evidence about how in the literature, in the specific case of the book *La tía Tula*, by Miguel de Unamuno, it is represented a kind of neurosis like the hysteria.

In order to develop the analysis, it is used, basically, two bibliographic sources: the book *El dolor de la histeria*, by Juan David Nasio, as a theoretical basis, and the literary work *La tía Tula*, by the notorious Spanish writer Miguel de Unamuno, as an application text of the Psychoanalytic Theory.

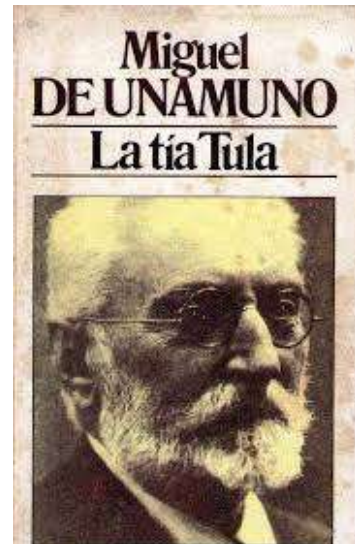


Imagen obtenida de <http://resumiendolo.com/c-novela/la-tia-tula/>

Regarding the theoretical framework, it must be highlighted the relevance of the work of Nasio, because this author adds to the contributions of Freud and Lacan, a fifth type of identification which is shown in Tula, the main character from the novel of Unamuno: the identification with the uterus, everything that allows to claim that Tula configures the prototype of a hysterical woman.

Key words: Miguel de Unamuno, Psychoanalytic Theory, neurosis, hysteria

¹ Doctora en Literatura Peruana y Latinoamericana. Profesora Principal de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Miembro A del Instituto de Investigaciones del Pensamiento Peruano y Latinoamericano (IIPPLA) de la UNMSM.

En el presente trabajo se busca evidenciar cómo en la literatura se ha representado con tanta precisión un tipo de neurosis como lo es la histeria.

Para tal fin se utilizan, básicamente, dos fuentes bibliográficas: el libro *El dolor de la histeria* de Juan David Nasio (2005), como sustento teórico, y *La tía Tula*, obra de Miguel de Unamuno (escrita en 1907 y publicada en 1921), como texto de aplicación de la teoría psiconalítica. Cabe destacar la relevancia de ambas fuentes: en la obra de Nasio se suma a los aportes de Freud y Lacan un quinto tipo de identificación: la identificación con el útero; en la obra de Unamuno, el personaje principal de la novela, Gertrudis (Tula), configura de forma explícita el prototipo de una mujer histérica.

De acuerdo con Nasio (2005), hay un rasgo que configura sin excepción a los histéricos y que —como se comprueba en el presente estudio— también se destaca en Tula: la *insatisfacción* permanente que la acompaña y que ella se empeña en mantener a lo largo de su vida. Tula y su hermana, Rosa, son dos jóvenes huérfanas, casaderas, que viven con su tío materno, Primitivo, un sacerdote. Primitivo dice tenerle «miedo» a Tula, el mismo temor que le tuvo a su madre, la abuela de Tula, y a su hermana, la madre de Tula. En el camino de las hermanas se cruza Ramiro, un joven que, en un primer momento, se siente atraído por Rosa; pero, que, finalmente, se enamora de Tula. Ésta, a pesar de sentirse atraída por Ramiro, hace todo lo posible hasta conseguir que éste se case con Rosa, y no sólo eso, sino que también incentiva a su hermana a que le dé varios hijos, a los cuales la misma Tula les pone nombre. Al nacer el tercer hijo de la pareja, muere Rosa, y Tula pasa a hacerse cargo de sus tres sobrinos. Mientras tanto, Ramiro, ya libre, intenta acercarse a Tula; pero ésta lo rechaza duramente, al punto de que le insinúa que «se distraiga» fuera de casa. Ante

esta situación, angustiante para Tula, ya que en esas circunstancias se hace posible el unirse con Ramiro, ella le pide un plazo de un año para pensar en la posibilidad de casarse con él, lo cual implica que Ramiro no deberá hacerle insinuaciones de ninguna índole; sin embargo, las actitudes de indeferencia y de rechazo que muestra Tula empujan a Ramiro a buscar consuelo para sus penas en los brazos de la sirvienta de su casa. Tula descubre lo que está pasando cuando Manuela, la criada, a quien llamaban «la hospiciiana», ya está esperando un hijo de Ramiro; así que Tula aprovecha la circunstancia para librarse una vez más de su cuñado: lo obliga a casarse con la joven que, además de ser huérfana, es tísica. Enferma como estaba, la hospiciiana tiene dos hijos y contagia su mal a Ramiro, quien muere en los brazos de Tula luego de reprocharle el que lo hubiera casado con Rosa y con Manuela. Al poco tiempo de dar a luz a su segundo hijo, muere «la hospiciiana», con lo que el niño recién nacido pasa a ser el quinto hijo de quien también se hará cargo Tula. Finalmente, Tula termina culpándose de las muertes de Rosa, de Ramiro y de Manuela. Ésta es, en rasgos generales, la trama de la novela.

A medida que se plantean los supuestos teóricos puede observarse cómo Tula evita la posibilidad de acceder al goce de la unión carnal, pues no sólo lo impide por todos los medios con Ramiro, sino también con el primo de éste y con el médico que después de la muerte de su cuñado frecuenta su casa. Este miedo constante ante la posibilidad del goce sexual y su consecuente evasiva hacen que la vida de Tula discurra en medio de la tristeza y la permanente insatisfacción, y sólo se podría decir que ella «goza», a su modo, a través de las uniones de su hermana Rosa y de «la hospiciiana» con Ramiro: goza de la unión de ambas parejas, goza del fruto que son los hijos a quienes, en su fantasma, ella percibe como

suyos; pues ella no sólo es la mediadora de la unión de las dos parejas, con lo que logra evitar el goce de la unión carnal y preserva la inviolabilidad de su cuerpo, sino que ella es, finalmente, quien cría, protege y cuida a esos niños a quienes ama como si fueran sus propios hijos.

Para concluir esta introducción, cabe precisar que cada cita de *La tía Tula* sirve para dar sustento a los supuestos teóricos, lo que permite evidenciar de qué manera se manifiesta la histeria y hasta qué punto lleva a la infelicidad al personaje que la padece: Tula.

NOCIONES GENERALES

En «La diferencias entre la histeria freudiana y la histeria lacaniana», R. Mazzuca y otros (2008, p. 177) señalan lo siguiente acerca de la histeria en la obra de Freud: «La posición del sujeto histérico respecto de la sexualidad constituye otra notación fundamental formulada por Freud en las reflexiones incluidas en sus historiales clínicos. Se trata del rechazo de la sexualidad manifestado por el asco, signo de la represión [...] y suficiente por sí solo [...] para fundar un diagnóstico de histeria». Por otra parte, cuando los autores tratan acerca de la histeria en la obra de Lacan, indican lo siguiente en cuanto al *deseo insatisfecho*: «La insatisfacción es constitutiva del deseo, pero resulta acentuada doblemente en el histérico. Por una parte, se crea un deseo insatisfecho para no quedar sometido a la demanda del Otro; por otra, insatisface al Otro para sostener su deseo» (*loc. cit.*). Y acerca del *gocce de la privación* señalan que «Lacan explora la histeria no sólo en relación con el deseo sino también con el goce. [...] La histérica se sustrae al goce sexual [...]. De este modo goza de la privación del goce, pero sobre todo goza de ser objeto causa de la insatisfacción, es decir, de sostener el deseo en el Otro» (ibídem, p. 178).

En el *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*, Dylan Evans (2000) señala que, al igual que Freud, Lacan considera que la histeria es una de las dos principales formas de neurosis. Lacan sostiene que «en la histeria el sujeto se pregunta por su posición sexual [...], más precisamente, “¿qué es una mujer?” [...]. Lacan reafirma entonces la antigua idea de que existe una vinculación íntima entre la histeria y la feminidad» (p. 106).

En el estudio que se desarrolla a continuación, siguiendo a Nasio (2005), se trata de la histeria desde el punto de vista *relacional*, es decir, como un vínculo del enfermo con los otros de su entorno. El autor señala (ibídem, pp. 55-56) que, para Freud, es el fantasma femenino de castración el que origina la histeria: «la niña no tiene la idea del pene, sino de un falo que le han robado»; no se trataría, entonces, de una amenaza y de la consecuente angustia, como en el caso del varón, sino de un hecho ya consumado y, de allí, el odio y el resentimiento hacia «esa madre a la que considera responsable de haberla hecho mujer y de no haber sabido protegerla garantizándole la permanencia de una fuerza fálica».

A lo dicho, Nasio (ibídem, p. 57) agrega una modificación que parte —según el autor— de «esa variante singular de la inhibición sexual constituida por el renunciamiento al goce de la penetración», que lo lleva a teorizar de otra manera el fantasma femenino de castración: «la niña toma sus órganos genitales por un falo que habrá que preservar de cualquier ataque. [...] En su fantasma, el pene del hombre representaría, para la mujer histérica, el equivalente inconsciente del cuerpo desmesurado y peligroso de la madre» (ibídem, p. 58).

Luego de lo expuesto, se debe indicar que, además de lo señalado hasta aquí, en las

páginas siguientes se suman los supuestos teóricos que se asocian directamente con los rasgos histéricos observados en Tula, personaje a analizar en la novela de Miguel de Unamuno.

LA INSATISFACCIÓN: EL SÍNTOMA CARACTERÍSTICO

Según Nasio (ibídem, p. 42), para el sujeto histérico resulta insoportable la posibilidad de acceder al goce de la penetración «porque, si lo viviera, pondría en peligro la integridad de todo su ser». Eso explica la inhibición genital que caracteriza la vida sexual del histérico, que más que indiferencia hacia la sexualidad es «aversión, verdadera repugnancia hacia todo contacto carnal» (ibídem, p. 47). Se trataría de «esa angustia inconsciente de la mujer a dejarse penetrar» (*loc. cit.*). En consecuencia, al rehusar entregarse, la histérica se encuentra en «un estado permanente y latente de insatisfacción» (ibídem, p. 49), una insatisfacción que va más allá de lo sexual y «que se extiende al conjunto de la vida» (*loc. cit.*). De allí que Lacan haya considerado a la *insatisfacción* como un síntoma característico de la histeria: «El histérico desea estar insatisfecho porque la insatisfacción le garantiza la inviolabilidad fundamental de su ser. Cuanto más insatisfecho está, mejor protegido queda contra la amenaza de un goce que él percibe como riesgo de desintegración» (*loc. cit.*). «La zona genital pasa a ser entonces un lugar vaciado y desafectado» (ibídem, p. 63). «El histérico renuncia al goce de la penetración e ignora la sexualidad genital», lo que conlleva a la insatisfacción resultante, insatisfacción que lo protege y en la que el enfermo se empeña (ibídem, p. 64). Véase cómo responde Tula a las insinuaciones de don Juan, el médico de la familia:

- Yo soy viudo y sin hijos, como usted sabe, Gertrudis. Y adoro a los niños.
- Pues vuélvase usted a casar.
- A eso voy. [...]

—Quisiera no entenderle a usted, don Juan. [...]

—Bueno, pues que a estos hijos de usted, ya que por tales les tiene, no les vendría mal un padre. [...]

—¿Y eso es todo? [...] no vuelva a poner los pies en esta casa.

—¿Por qué Gertrudis?

—Por puerco

Y así se despidieron para siempre [...]

«[...] Estos hombres... ¡O porquería o poltronería! ¡Y aún dicen que el cristianismo redimió nuestra suerte, la de las mujeres!» [...]

[...] «¡El cristianismo, al fin, y a pesar de la Magdalena, es religión de hombres —se decía Gertrudis—; masculinos el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo...!»

(La tía Tula, pp. 127-130)

La neurosis histérica «es una mala manera de defenderse» que emplea el enfermo para oponerse «a un goce inconsciente y peligroso» (Nasio, ibídem, p. 22). Así, al defenderse mal, el histérico transforma su miedo a gozar en *dolor de insatisfacción*.

LOS TRES YO DEL HISTÉRICO

Existen tres estados propios del yo histérico: el yo tristeza, el yo histerizador y el yo insatisfecho; tres estados que devienen siempre en uno solo, el de *insatisfacción* (Nasio, ibídem, p. 15). Obsérvese, seguidamente, la clasificación propuesta por Nasio, para la cual se presentan también las citas pertinentes de la novela de Miguel de Unamuno.

EL YO TRISTEZA

Señala Nasio (ibídem, pp. 21-22): «La tristeza del yo histérico responde al vacío y a la incertidumbre de su identidad sexuada»: el enfermo no sabe si es hombre o si es mujer;

sin embargo, puede adoptar cualquiera de los dos papeles y, sobre todo, el papel del tercer personaje gracias al cual el conflicto de la pareja fantasmática se resuelve. Así, «desatando el conflicto o despejándolo, [...] ocupará invariablemente el papel de excluido»; esta es otra de las razones «que explica la tristeza que suele agobiar a los histéricos» (ibídem, p. 21). Véase a continuación cómo Tula se vale de que Ramiro muestra en un primer momento interés por su hermana Rosa y la incentiva a que lo acepte. Y obsérvese cómo, luego de que su hermana se compromete con Ramiro, Tula siente el vacío de la soledad.

—¿Sabes que me ha escrito? —le dijo ésta [Rosa] a su hermana [Tula].

—Sí, vi la carta. [...]

—Y bien, ¿qué te parece Ramiro?

—No le conozco

—Pero no hace falta conocer a un hombre para decir lo que le parece a una de él.

—A mí sí. [...] y por eso me habría puesto a estudiarle...

—¿Y entretanto si iba a otra?

—Es lo más probable. [...]

—Y bien, ¿qué le digo?

—¡Dile que sí! [...] Dios te hizo para el mundo y el hogar... vamos, para madre de familia. No vas a quedarte a vestir imágenes. Dile, pues, que sí.

—¿Y tú? [...]

—A mí déjame.

Al día siguiente de estas palabras estaban ya en lo que se llaman relaciones amorosas Rosa y Ramiro.

Lo que empezó a cuajar la soledad de Gertrudis.

(La tía Tula, pp. 50-52)

Iniciado el noviazgo, Tula habla con don Primitivo, su tío sacerdote, para apresurar la boda de Rosa: «hay que casarlos y pronto. Antes de que él se vuelva... [...] Yo siempre

temo a los hombres, tío. [...] le digo que la constancia, que la fortaleza está más bien de parte nuestra [de las mujeres]...» (La tía Tula, p. 55).

De acuerdo con Nasio (ibídem, p. 77), el histérico se sumerge «en un mundo donde la fuerza y la debilidad deciden exclusivamente sobre el amor y el odio. Yo amaré u odiaré a mi *partenaire* según a percepción de su fuerza o de su debilidad fálica. Por eso, las relaciones afectivas del histérico se transforman, inevitablemente, en relaciones de dominante y dominado».

Cuando Rosa dice que ve a Ramiro poco interesado en el matrimonio, Tula enfrenta a su futuro cuñado en el siguiente diálogo. Nótese, el papel de *dominante* que cumple Tula y el papel de *dominado* de Ramiro:

—¿Y por qué rehúyes hablar de vuestro casamiento a mi hermana? Vamos, dímelo, ¿por qué?

El pobre mozo inclinó la frente arrebolada de vergüenza. Sentíase herido por un golpe inesperado. [...]

—¡Tula!

—¡Nada de Tula! Tú te pusiste con ella en relaciones para hacerla tu mujer y madre de tus hijos...

—¡Pero qué de prisa vas...! [...]

— [...] ¿La quieres, sí o no?

—¿Puedes dudarle, Tula?

—¡Te he dicho que nada de Tula! ¿La quieres?

—¡Claro que la quiero!

—Pues la querrás más todavía. Será una buena mujer para ti. Haréis un buen matrimonio. [...] Ramiro pareció luchar un breve rato consigo mismo y como si buscara algo, y al cabo, con un gesto de desesperada resolución, exclamó:

—¡Pues bien, Gertrudis, quiero decirte toda la verdad!

—No tienes que decirme más verdad —le atajó severamente—; me has dicho que quieres a Rosa y que estás resuelto a casarte con ella; todo lo demás de la verdad es a ella a quien se la tienes que decir luego que os caséis. [...]

—¡Pero, Tula!

—Nada de Tula, te he dicho. Si la quieres, a casarte con ella, y si no la quieres, estás de más en esta casa. [...]

Al siguiente día se fijaba el de la boda.

Don Primitivo autorizó y bendijo la boda de Ramiro con Rosa. Y nadie estuvo en ella más alegre que lo estuvo Gertrudis. A tal punto, que su alegría sorprendió a cuantos la conocían, sin que faltara quien creyese que tenía muy poco de natural.

(La tía Tula, pp. 58-61)

Obsérvese cómo Tula—siguiendo los supuestos del psicoanálisis— *resuelve el conflicto* y queda excluida la posibilidad de establecer algún tipo de relación amorosa con Ramiro, pues él pasa a ser su cuñado, el esposo de su hermana Rosa. De esta manera resulta «comprensible» la alegría de Tula; pues al casarse Ramiro, *el peligro del posible goce es desechado*, ya que así él queda impedido de acceder a ella.

El yo histerizador

Siguiendo a Nasio (ibídem, p. 119), *el atractivo seductor y el aire sensual de los histéricos* resulta engañoso: el enfermo «es un creador notable de signos sexuales [...] que le hacen creer y hacen creer al otro que su verdadero deseo es internarse en el camino de un acto sexual consumado. Y sin embargo, si existe un deseo en el que el histérico se empeñe, es el de que tal acto fracase» (ibídem, pp. 19-20).

Véanse seguidamente dos citas en las que se pone de manifiesto el *yo histerizador* de Tula: Diálogo entre Tula y Ramiro:

—No me mires así, que los niños ven. [...]

—¿Pero de qué crees que somos los hombres?

—De carne y muy brutos.

—¿Y tú, no te has mirado nunca?

—¿Qué es eso? —y se le demudó el rostro sereno. [...]

—[...] ¿tienes derecho, Gertrudis, a perseguirme con tu presencia? ¿Es justo que me reproches y estés llenando la casa con tu persona, con el fuego de tus ojos, con el son de tu voz, con el imán de tu cuerpo lleno de alma, pero de un alma llena de cuerpo?

Gertrudis, toda encendida, bajaba la cabeza y se callaba, mientras le tocaba a rebato el corazón.

(La tía Tula, p. 92)

El comentario del médico, don Juan:

«[...] Pero ¡qué mujer! ¡Es toda una mujer! ¡Qué fortaleza! ¡Qué sagacidad! ¡Y qué ojos! ¡Qué cuerpo! ¡Irradia fuego!»

(La tía Tula, p. 120)

El yo insatisfecho

De acuerdo con Nasio (ibídem, p. 16), el estado «de insatisfacción marca y domina toda la vida» del histérico. «Pero, ¿por qué [...] vivir en la insatisfacción, cuando en principio lo que buscamos alcanzar es la felicidad y el placer?» (*loc. cit.*). Porque un «peligro esencial amenaza al histérico, un riesgo absoluto, [...] más sentido que definido: el peligro de vivir la satisfacción de un goce máximo. Un goce de tal índole que, si lo viviera, [...] lo disolvería, lo haría desaparecer» (*loc. cit.*). Eso explica que el histérico sea «un ser de miedo que, para atenuar su angustia, no ha encontrado más recurso que sostener sin descanso [...] el penoso estado de la insatisfacción» (*loc. cit.*); por eso, para alejar su temor a gozar, el enfermo «inventa inconscientemente un libreto fantasmático destinado a probarse a sí mismo y a probar al mundo que no hay más

goce que el goce insatisfecho» (ibídem, p. 17). «Cualquier intercambio con el Otro conduce inexorablemente a la insatisfacción», razón por la cual «los seres cercanos a los que ama u odia desempeñan para él el papel de un Otro insatisfactorio» (*loc. cit.*). Se comprende, entonces, cómo la vida del histérico, poblada de «obstáculos y conflictos, se convierte en la única muralla protectora contra el peligro absoluto del goce» (ibídem, p. 18).

Véase ahora el diálogo entre Tula y Ramiro, cuando éste le dice que ha descubierto su «secreto»:

—He sorprendido tu secreto, Gertrudis.

—¿Qué secreto?

—Las relaciones que llevabas con Ricardo, mi primo.

—Pues bien, sí es cierto; se empeñó, me hostigó, no me dejaba en paz, y acabó por darme lastima.

—Y tan oculto que lo teníais...

—¿Para qué declararlo?

—Y sé más.

—¿Qué es lo que sabes?

—Que le has despedido.

—También es cierto.

—Me ha enseñado él mismo tu carta.

—¿Cómo? No le creía capaz de eso. Bien he hecho en dejarle: ¡hombre al fin!

Ramiro, en efecto, había visto una carta de su cuñada a Ricardo que decía así:

«Mi querido Ricardo: No sabes bien qué días tan malos estoy pasando desde que murió la pobre de Rosa. Estos últimos días han sido terribles y no he cesado de pedir a la Virgen Santísima y a su Hijo que me diesen fuerzas para ver claro en mi porvenir. No sabes bien con cuánta pena te lo digo, pero no pueden continuar nuestras relaciones; no puedo casarme. Mi hermana me sigue rogando desde el otro mundo que no abandone a sus hijos y que les haga de madre. Y puesto que tengo estos hijos a

que cuidar, no debo ya casarme. [...].»

(La tía Tula, pp. 87-88)

Hay dos momentos claves en la novela de Miguel de Unamuno en los que se hace más evidente el *deseo de insatisfacción* de Tula: 1) cuando lleva adelante el matrimonio de su hermana Rosa con Ramiro (véase en el presente estudio «El yo tristeza»); 2) cuando, por segunda vez, Tula obliga a Ramiro a casarse, ahora con la empleada de la casa, Manuela, a la cual él ha embarazado.

—Pero no te aflijas así, Ramiro, que la cosa tiene fácil remedio...

—¿Remedio? ¿Y fácil? —y se atrevió a mirarle a la cara.

—Sí; casarte con ella. [...]

—¿Que me case! ¿Que me case con la criada! ¿Que me case con una hospiciiana? ¡Y me lo dices tú!...

—¡Y quién si no había de decírtelo! Yo, la verdadera madre hoy de tus hijos. [...]

—Pero Gertrudis...

—Cásate con ella, te he dicho [...].

La muchacha apareció cubriéndose la llorosa cara con las manos.

—Descubre la cara y míranos.

—¡No, señora, no!

—Sí, míranos. Aquí tienes a tu amo, a Ramiro, que te pide perdón por lo que de ti ha hecho.

—Perdón, yo, señora, y a usted...

—No, te pide perdón y se casará contigo.

—¡Pero señora! —clamó Manuela a la vez que Ramiro clamaba: «¡Pero Gertrudis!»

—Lo he dicho, se casará contigo [...].

(La tía Tula, pp. 112-113)

LAS IDENTIFICACIONES DEL HISTÉRICO

Siguiendo a Nasio (ibídem, p. 134), el «histérico condensa y actualiza una triple identificación»: 1) «con la imagen del otro sexualmente deseable», 2) «con la del otro sexualmente deseante» y 3) «con la efusión

sexual compartida por los miembros de la pareja fantasmaticada». (Tula insiste, tanto con Rosa como con Manuela, en que se preocupen por «entretener» a Ramiro: «¿para qué se han casado si no?».) Asimismo, señala una cuarta identificación «típica de la histeria»: 4) «con el tercer personaje que reúne o separa a la pareja» (unión que consigue Tula al casar a Ramiro con Rosa y con Manuela).

Por otra parte, Nasio (ibídem, p. 135) agrega una quinta identificación: 5) «La vida de una histérica está atravesada por un fantasma fundamental [...] en el cual el sujeto histérico hace las veces de crisol que alberga y protege el acoplamiento divino de dos cuerpos sin sexo». Así, Nasio postula que el histérico se identifica con el útero como órgano «contenedor de la fecundación de las células germinales, sin cuerpo sexuado que las haya producido» (*loc. cit.*). Esta quinta identificación se asociaría, entonces, con la maternidad, como si ésta «fuera una variante posible del atravesamiento de la prueba de castración, en la que el útero deja de ser un falo amenazado y a la deriva para dar paso a esa otra figura del falo que es el hijo por nacer» (ibídem, p. 136).

De acuerdo con lo señalado y con el fin de identificar la histeria en Tula, personaje central de la novela de Miguel de Unamuno, se describe la escena fantasmática de la siguiente manera (ibídem, p. 67): «El histérico sería no solamente artesano y actor de este sueño» donde «un hombre y una mujer con sus cuerpos enlazados conciben un hijo sin ninguna penetración genital [...], sino que sería también, y sobre todo, el lugar contenedor de este encuentro procreador y divino» sin encuentro carnal. Éste sería, entonces, según Nasio, el fantasma fundamental que atraviesa la vida de la mujer histérica: «En el fantasma de castración es [el útero] el órgano amenazado de mutilación al producirse la penetración sexual; y en el

fantasma fundamental, es el receptáculo ideal que da cobijo al encuentro feliz y divino de un hombre y una mujer sin sexo» (ibídem, p. 68). Obsérvese, en las siguientes citas, las evidentes muestras de satisfacción de Tula ante cada nacimiento, así como las extremadas muestras de su amor maternal por los hijos Ramiro: En el parto de Rosa, que fue durísimo, nadie estuvo más serena y valerosa que Gertrudis.

Creeríase que era una veterana en asistir a trances tales. [...]

—Es usted comadrona de nacimiento —le dijo el médico.

Tomó la criaturita y se la llevó a su padre, que en un rincón, aterrado y como contrito de una falta, aguardaba la noticia de la muerte de su mujer.

—¡Aquí tienes tu primer hijo, Ramiro; mírale qué hermoso!

Pero al levantar la vista el padre, libre del peso de su angustia, no vio sino los ojazos de su cuñada, que irradiaban una luz nueva, más negra, pero más brillante que la de antes. [...]

—Ahora —le dijo tranquilamente ésta— ve a dar las gracias a tu mujer, a pedirle perdón y a animarla [...]. Y en cuanto a éste —y al decirlo apretaba al niño contra su seno palpitante— corre ya de mi cuenta, y a poco he de poder o haré de él un hombre.

(La tía Tula, pp. 65-66)

Gertrudis tomó a su sobrinillo, que no hacía sino gemir; encerróse con él en un cuarto y sacando uno de sus pechos secos, uno de sus pechos de doncella, que arrebolado todo él le retemblaba como con fiebre, le retemblaba por los latidos del corazón —era el derecho—, puso el botón de ese pecho en la flor sonrosada pálida de la boca del pequeñuelo. Y éste gemía más estrujando entre sus pálidos labios el conmovido pezón seco.

—Un milagro, Virgen Santísima —gemía Gertrudis con los ojos velados por las lágrimas—; un milagro, y nadie lo sabrá, nadie.

Y apretaba como una loca al niño a su seno.

(La tía Tula, p. 77)

A solas, cuando Ramiro estaba ausente del hogar, cogía al hijo de éste y de Rosa, a Ramirín, al que llamaba su hijo, y se lo apretaba al seno virgen, palpitante de congoja y henchido de zozobra. Y otras veces se quedaba contemplando el retrato de la que fue, de la que era todavía su hermana y como interrogándole si había querido, de veras, que ella, que Gertrudis, le sucediese en Ramiro. «Sí, me dijo que yo habría de llegar a ser la mujer de su hombre, su otra mujer —se decía—, pero no pudo querer eso, no, no pudo quererlo... [...] No, lo que me pidió es que impida que sus hijos tengan madrastra. ¡Y lo impediré! Y casándome con Ramiro, entregándole mi cuerpo, y no sólo mi alma, no lo impediría... Porque entonces sí que sería madrastra. Y más si llegaba a darme hijos de mi carne y de mi sangre...» Y esto de los hijos de la carne hacía palpitar de sagrado terror el tuétano de los huesos del alma de Gertrudis, que era toda maternidad, pero maternidad de espíritu.

Y encerrábase en su cuarto, en su recatada alcoba, a llorar al pie de una imagen de la Santísima Virgen Madre, a llorar mientras susurraba: «el fruto de tu vientre...».

(La tía Tula, pp. 96-97)

CONSIDERACIONES FINALES

Nasio (ibídem, pp. 21-22) destaca lo siguiente: «Los histéricos crean una situación conflictiva, escenifican dramas, se entrometen en conflictos y luego, una vez que ha caído el telón, se dan cuenta, en el dolor de su soledad, de que todo no era más que un juego en el que ellos fueron la parte excluida. En estos momentos

de tristeza y depresión tan característicos descubrimos la identificación del histérico con el sufrimiento de la insatisfacción». Y Tula es una evidente muestra de ello: se duele por sus culpas, por las culpas que, de haber podido, tampoco hubiera evitado:

Y ahora quedábase Gertrudis con sus cinco crías, y bregando, para la última, con amas.

¿Y los pobres niños de la hospiciana? «Ésos también son míos —pensaba Gertrudis—; tan míos como los otros, como los de mi hermana, más míos aún.

Porque éstos son hijos de mi pecado. [...] ¡Son los hijos de mi pecado! ¡Sí, de mi pecado! ¡Pobre chica!»

(La tía Tula, pp. 125-126)

—¡No, padre, no! ¡Usted lo sabe! Por dentro soy otra...

—Pero hay que ocultarlo...

—Sí, hay que ocultarlo, sí; pero hay días en que siento ganas de reunir a sus hijos, a mis hijos... [...]

—Deje eso, señora, deje eso...

—Sí, reunirles y decirles que toda mi vida ha sido una mentira, una equivocación, un fracaso...

—Usted se calumnia, señora. Ésa no es usted, usted es la otra..., la que todos conocemos..., la tía Tula...

—Yo le hice desgraciado, padre; yo le hice caer dos veces: una con mi hermana, otra vez con otra...

(La tía Tula, p. 140)

«[...] Y soñaba; soñaba como nunca había soñado. Soñaba lo que habría sido si Ramiro hubiese dejado por ella a Rosa. Y acababa

diciéndose que no habrían sido de otro modo las cosas. [...]»

(La tía Tula, p. 144)

Vemos, pues, cómo bajo la aparente santidad de Tula, bajo su capacidad de sacrificio y abnegación, se esconde la aversión a lo específicamente masculino y su temor al encuentro carnal con un hombre, un encuentro que ella rechaza algunas veces incluso con violencia y que consigue evitar a lo largo de su vida, vida que termina siendo —como ella misma afirma— *una mentira, una equivocación, un fracaso*, pero que, en su fantasma, le

permite asegurar la integridad de su ser. Tula dice: «Libre estaba, libre estoy, libre pienso morirme» (*La tía Tula*, p. 90); «libre», sí: libre de la posibilidad de gozar o gozando de vivir insatisfecha.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. De Unamuno, Miguel ([1921] 2003). *La tía Tula*, Madrid: Espasa Calpe S. A.
2. Evans, Dylan ([1996] 2000). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*, Buenos Aires: Paidós SAICF.
3. Mazzuca, Roberto y otros (2008). «Las diferencias entre la histeria freudiana y la histeria lacaniana», en *XV Jornadas de Investigación y Cuarto Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur*, pp. 176-179, Buenos Aires: Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires.
4. Nasio, Juan David ([1990] 2005). *El dolor de la histeria*, Buenos Aires: Paidós SAICF, 1.a edición 1998, 7.a reimpresión 2005.